

cho de los frutos de esta hacienda, han dado ya pingües ganancias á sus propietarios, pues los frutos exportados, por su calidad, han obtenido los mejores precios en los mercados extranjeros.”

PLEGARIA

(A la Bordadita)

Oh! Madre de mi amor, dulce María,
Prenda segura del mortal que implora;
En mis amargas horas de agonía
A Ti levanto el corazón, Señora.

A Ti convierto los cansados ojos
Como á estrella del mar de mis pesares,
Y ante tu altar postrándome de hinojos
Te doy entre sollozos mis cantares.

Cuando recia tormenta se levanta
De mi alma en el silencio, conmovido
Muevo á tu trono mi insegura planta
Y me arrojo en tus brazos, blando nido

Donde encuentra mi espíritu bonanza,
Donde luce otro cielo más propicio;
Allí donde palpita la esperanza
Tras la lucha tenaz del sacrificio.

Ah! cuántas veces al caer el día
Desde mi humilde celda, donde á solas
Se extingue de mi vida la alegría
Naufragando en un mar de turbias olas;

En alas del amor cruzo el espacio,
Y dejando en espíritu este suelo,
Llego á tu mismo celestial palacio
Sostenido por Ti, gloria del cielo.

O torno á tu santuario bendecido,
Aquel que fue mi plácido embeleso;
Y ante tu vieja imagen conmovido,
De mi amor entrañable en el exceso,

Con mis besos te cubro como el niño
Que á su madre acaricia reverente,
Y en la viva explosión de mi cariño
Junto mi frente con tu casta frente.

Y cuando al fin de tus divinos brazos
Me desprende el deber, Madre querida,
Si rompo con pesar aquellos lazos,
No siento ya fastidio de la vida.

Nuevo vigor me anima; viva lumbre
Mi sendero ilumina, y en mi alma
Se despierta amorosa dulcedumbre
Que devuelve á mi espíritu la calma.

Y como ayer postrado de rodillas
Ante tu imagen entonaba un canto,
Hoy ruedan por mis pálidas mejillas
Lágrimas de placer! bendito llanto!

Y esa es mi ofrenda de hoy; ese el presente
Que tū hijo te brinda en este día;
¡Oh! centro de mi amor, sol esplendente,
Oh Virgen del Rosario, Madre mía!

JORGE ARTURO DELGADO

(Subdiácono)

Colegial, Doctor en Filosofía y Letras

LA HECHICERA DE MÉRIDA

LEYENDA DE LA CONQUISTA

(Del librito titulado *Los Mitos de los Andes*)

Murachí era ágil y valeroso, más que todos los indios de la tribu; su brazo era el más fuerte, su flecha la más certera y su plumaje el más vistoso. Cuando él tocaba el caracol en lo alto del cerro, sus compañeros empuñaban las armas y lo seguían, dando gritos salvajes, seguros de la victoria. Murachí era el primer caudillo de las Sierras Nevadas.